

## CAPÍTULO IV

### Invención del Lector Ilustrado

#### 4.1 Estructuras de socialización

Si las tertulias, ágapes y veladas familiares constituían los espacios cerrados de socialización privilegiados por las clases dominantes instruidas, la ciudad y sus espacios al aire libre eran el punto de reunión obligado de las clases populares. En cuanto a los lectores de las clases intermedias, ellos ocupaban tanto espacios cerrados como espacios abiertos.

Las casonas limeñas, enrejadas y espaciosas, se veían frecuentadas con habituados que discurrían sobre temas diversos. Al hacer de la casona, *residencia colonial*, un lugar de congregación social, la clase dominante fusionaba la interioridad familiar con la sociedad civil (en el sentido habermasiano). No olvidemos el carácter familiar de la conducción de los negocios en Lima y las conexiones familiares entre los comerciantes locales y peninsulares. La esfera íntima de la familia, que constituía *per se* un primer público (Habermas: 40), se hace de un público más numeroso que comparte valores, gustos y percepciones en rituales socializantes propicios a la ostentación del ingenio y la inteligencia puntual, en un primer lugar, para luego permeabilizarse al ejercicio de una razón no exenta de religión. Así, a través de las veladas y tertulias en las casonas limeñas se irán delineando los debates y discusiones que ulteriormente alimentarán la esfera pública. Además, la simbiosis de la intimidad familiar y la sociedad civil favorecerá la expansión del *chisme*, el cual puede definirse como una convención comunicativa que comporta una crítica pública subrepticia, y en cuya difusión participarán diversos sectores de la población. Posiblemente, el *chisme* haya sido otro de los medios de difusión de los valores de la Ilustración, sin embargo, este aspecto no será tratado en el presente trabajo. Bástenos decir para terminar que el *chisme*, en su función de censura y de propaganda negativa, representa una forma de control social complementaria de aquella ejercida por las autoridades y de las propuestas de las elites ilustradas.

El dominio discursivo, amparado en la razón, permitió integrar algunos individuos de las clases intermedias en el seno de estos espacios cerrados de socialización propios de las clases dominantes. Es el caso, por ejemplo, de Hipólito Unanue que, siendo aún un estudiante criollo pobre, era preceptor<sup>178</sup> del hijo de una de las damas más influyentes de la sociedad Limeña, doña Mariana Belzunce y Salazar<sup>179</sup>, esposa en segundas nupcias del alcalde de Lima, don Agustín de Landaburu.

Las clases intermedias, en búsqueda de una identidad cultural, transitaban entre las tertulias y los espacios urbanos de socialización.

Tal como lo explicamos en el Temario, el Coliseo de comedias, los toros, las peleas de gallos —a las cuales asisten “todas las clases” (*M.P.I.*, 44)—, las cofradías, eran otras tantos escenarios de socialización de las clases populares que no cumplían necesariamente un rol difusor de la corriente de la Ilustración pero permitían encuentros ocasionales que podían dar materia a discusión entre lectores del *Mercurio*.

Pensamos que Rossi es consciente del hecho de que los periódicos eran leídos en ciertos espacios de sociabilidad de la ciudad. Como explica Roger Chartier<sup>180</sup>, las noticias eran comentadas, dando origen a corrientes de opinión, acalorados debates y proliferación de rumores en las tertulias, los cafés, las fondas, las barberías y otros espacios. Muchas veces un ejemplar del *Mercurio* era conocido por más de una persona, pues la lectura en voz alta era una práctica cotidiana. La información podía así transmitirse a un público más vasto.

## 4.2 Búsqueda y creación del lector criollo ilustrado

En su afán por difundir la cultura de la Ilustración en el Perú, Rossi y Rubí, durante toda su participación en la aventura del *Mercurio*, se ve precisado a diagnosticar

<sup>178</sup> Hipólito Unanue fue preceptor de Agustín de Landaburu y Belzunce, aristócrata y rico propietario del Valle de Cañete (*Lastres III*: 45) y posteriormente, heredero de la plaza de toros de Acho. “Unanue thus provided himself a slight income and kept from starving” (Woodham: 23).

<sup>179</sup> “La casa de doña Mariana Belzunce era el *rendez-vous* obligado de lo más selecto de la sociedad virreinal. Allí se reunían los Carrillo de Albornós, los condes de Montemar y Monteblanco, los de Vistaflorida y Vega del Ren. Los condes y marqueses de la nobleza española, emparentados con los criollos, asistían a dar realce a estas suntuosas reuniones” (*Lastres III*: 44).

<sup>180</sup> Citado por Rosas Lauro en “Educando al bello sexo: La mujer en el discurso ilustrado”, en *El Perú en el siglo XVIII*, p. 374.

e identificar el “gusto” del lector concreto, para luego, sobre esa base, implantar un plan de acción tendiente a promover una nueva sensibilidad y crear un lector ilustrado.

#### 4.2.1 Diagnósis del gusto local

Rossi detecta un lectorado no habituado al tipo de lectura que el *Mercurio* se proponía ofrecer, un lectorado restringido y con claro interés por las noticias foráneas, sobre todo europeas:

“Quando empezamos a escribir para el *Mercurio*, en Lima no estaba todavía bien formado el gusto a favor de los Periódicos. Leíanse por *algunos pocos Literatos* el Espíritu de los mejores Diarios, el Semanario erudito, el Mercurio Político. Pero la mayor parte confundía los papeles como el nuestro, con las Gazetas. Admirábanse algunos de que hubiese quien perdía su tiempo en leer unos impresos, que no se dirigían a publicar los debates del Parlamento Inglés, a politiquear sobre las novedades de la Dieta de Varsovia, o a darnos la importantísima noticia de que el Stathouderse trasladó de Amsterdam a la Haya” (“Introducción al tomo VII”, *M.P.* VII, 7). [Las cursivas son nuestras].

##### 4.2.1.1 Gusto incipiente por los periódicos

Rossi llegó al Perú en 1786. Para aquel entonces no existía aún una cultura periodística local como la ya existente en México. No olvidemos que el primer periódico, el *Diario de Lima*, se publicó en agosto de 1790. Se leía, aunque sólo “por algunos pocos”, la prensa periodística española. Es importante remarcar que, a pesar de la censura practicada por la Inquisición y la oficialidad, existía en Lima, entre ciertos grupos de individuos pertenecientes a las clases intermedias instruidas o a las clases dominantes, un gusto incontenible por la cultura libresca. Al punto que, como lo afirma Carlos Cueto, durante la segunda mitad del siglo XVIII, la biblioteca del Colegio Jesuita de San Pablo, ubicada en Lima, contenía 40,000 volúmenes (entre los cuales se encontraban obras de Bacon, Galileo, Newton y Descartes), cuando la biblioteca de la Universidad de Harvard, para la misma época, sólo contaba con apenas 4,000 volúmenes (Cueto 1988: 27).

El prestigio del libro en el Perú acrece con el contrabando de libros *indexados* y la posesión de bibliotecas privadas (Saldaña: 26-27). Este gusto por el libro va acompañado por el gusto de lecturas de corte científico. A este respecto es pertinente mencionar la labor de divulgación científica del limeño J. E. Llano Zapata<sup>181</sup>, quién publicó trabajos sobre astronomía, meteorología, medicina y física.

Así, Rossi constatará en Lima, al interior de las clases dominantes e intermedias instruidas, un gusto por la prensa ibérica, una valoración del libro (que implica un gusto por la lectura) y una tendencia favorable al saber científico. Ello le permitirá asumir, a través de *Mercurio*, un rol de pionero en la formación de una cultura periodística local. Imbuido del espíritu de la Ilustración, de donde su acérrima defensa de la claridad, Rossi sentará las bases de un periodismo no solo informativo sino también educador y orientador. Ese tipo de periodismo, esencialmente vulgarizador, se distinguirá, por su variado contenido, de su cercano competidor, el *Diario de Lima*, y de futuras publicaciones.

#### 4.2.1.2 Lectorado exiguo y europeizado

Esos “pocos Literatos” a los que Rossi hace referencia en la cita antes mencionada, constituyen los lectores interesados en la prensa periodística de la madre patria. Y ello no es de extrañar, puesto que Lima concentraba una muy importante inmigración española. Además, como era el caso en las ciudades europeas<sup>182</sup>, la gran mayoría de la población del Virreinato del Perú era analfabeta. En 1790, criollos y españoles reunidos no superaban el 38% de la población limeña, es en ese grupo social<sup>183</sup>, compuesto principalmente por sacerdotes, funcionarios, comerciantes, abogados, médicos, militares y profesores donde se encontraba el mayor contingente de *personas instruidas* de la colonia. De manera general, la instrucción era un privilegio de las clases dominantes y ciertos grupos de las clases intermedias. Las castas no tenían acceso a la educación sistematizada y, si de vez en cuando algunos individuos lograban instruirse,

<sup>181</sup> “En la primera mitad del siglo XVIII, la personalidad más importante de la cultura científica sudamericana es el también limeño José Eusebio Llano Zapata” (Saldaña: 35).

<sup>182</sup> En Inglaterra, “Au début du XVIII siècle [...] les masses n'étaient pas seulement largement illettrées, elles y avaient également atteint un tel degré de paupérisation qu'elles n'auraient absolument pas pu s'acheter des livres” (Habermas: 48).

<sup>183</sup> J.P. Clément afirma que de cada dos hombres blancos, uno leía el *Mercurio* (Clément 1983: 205).

ello podría considerarse como casos excepcionales. Por otro lado, tanto el libro como la prensa escrita, debido a su alto costo, no estaban al alcance de los menos afortunados.

En su cruzada periodística por difundir los ideales de la Ilustración<sup>184</sup>, Rossi se verá precisado a crear un lector ilustrado, el cual se irá definiendo conforme las contribuciones del *Mercurio* vayan sucediéndose.

#### 4.2.2 Creación del lector ilustrado

Tras haber identificado el potencial de lectores al cual podía interpelar, Rossi aplicará una serie de estrategias periodísticas a fin de atraer al mayor número de lectores posible<sup>185</sup>. Tales estrategias serán expuestas detalladamente en la sección correspondiente. Lo que nos interesa en esta parte, es notar que en la búsqueda de ese contingente de lectores que permitiera la viabilidad del *Mercurio Peruano*, Rossi irá simultáneamente construyendo su lector ideal. En ocasiones, la representación del lector ilustrado con el que aspiraba Rossi contar, se confundía en la noción genérica de Público. Por ello, creemos, es menester detenernos en los intrincamientos, acercamientos y paradojas que una tal noción implicó en el discurso de Rossi.

##### 4.2.2.1 Público

¿A qué Público Rossi solicita?, ¿a un público vasto o a un público restringido?, ¿a un público exclusivamente letrado o a un público difuso?, ¿a un público interactivo o a un público receptivo?, ¿a un público real o a un público inventado? La primera respuesta a estas preguntas la encontramos en el “Prospecto”:

La sabiduría e ilustración de nuestro actual felicísimo Gobierno es trascendental a *todo el Público*; y éste hará siempre justicia a la utilidad de nuestras tareas y propenderá gustoso a su fomento (“Prospecto”, *M.P.* I, 7) [Las cursivas son nuestras].

<sup>184</sup> Ideales que según Renán Silva, son los siguientes: prosperidad, riqueza y felicidad (Silva: 23).

<sup>185</sup> “Il semble que dans les débuts du périodique, la *Sociedad Académica* ait voulu toucher le maximum de lecteurs possible; de là le traitement de 19 sujets sur 24 au cours du premier quadrimestre de sa vie: les appétits de savoir le plus divers pouvaient trouver là un apaisement” (Clément 1983: 286-288).

En esta cita, “todo el Público” comprende un público no restringido a la comunidad de lectores. Puede ser que se haga referencia a la población en su conjunto<sup>186</sup>; de donde una acepción inaugural de la noción de Público que se emparenta a la noción habermasiana en la cual *Público* incluye a todos los individuos subordinados a un gobierno. De esta manera, podríamos aventurar la presunción que Rossi no escribe exclusivamente para el Público letrado y que su ambición fue la de verse justificado en el mayor número de personas. Rossi necesitaría entonces de ese *Público vasto* o *Gran Público* para que los impactos de su labor de propaganda de la Ilustración no se circunscriban a una minoría. Es cierto que para Rossi una minoría ilustrada debía liderar la transformación social que el paso hacia la modernidad exigía, la invención de un lector ilustrado era el justo corolario de tal proyecto. Sin embargo, en su rol de educador social o renovador de mentalidades, Rossi tomará conciencia de que todo cambio duradero requiere el concurso de la mayoría, es decir, de un “Gran Público”. Este Público será el objetivo último de Rossi y, en tanto *mercurista*, él se dedicará a explicitarlo: “Se hablará del Público en la parte de sus perfecciones, y en la de sus defectos” (“**Prospecto**”, *M.P. I, 5*). Rossi, en su calidad de extranjero, podrá objetivar el Público, él no tendrá que adquirir ese “sentimiento de extrañamiento” (Silva: 208) que precisaban los ilustrados locales para aprehender su entorno social.

Sujeto de análisis y de exploración racionalizante, el *Público* gozará a su vez de un privilegio inconmensurable: se constituirá en juez y árbitro tanto del texto producido como de los autores del mismo:

[...] antes de comparecer en este tremendo juicio, para que el Público juzgue a descubierto, absuelva, o condene nuestras tareas y nuestras personas [...] (“Introducción al tomo VII”, *M.P. VII, 6*).

---

<sup>186</sup> En muchas oportunidades Rossi hace referencia a un público amplio. En las citas siguientes, el Público es sinónimo de población: “El *Público* aplaudió desde luego éste establecimiento caritativo [El Hospital de la Caridad] y concurrió a consolidarlo con sus voluntarias erogaciones” (*M.P. I, 11*); “Lo que nos interesa más de cerca es el examen de los recreos y espectáculos, de que disfruta éste *Público*” (*M.P. I, 28*); “Ya que esa Sociedad de Filósofos se ha propuesto el objeto nunca bien encomiado de servir al *Público*, tenga la bondad de oír mis desazones, y trasmitirlas al conocimiento y meditación de todos mis compatriotas” (*M.P. I, 36*); “Prometo escribir a Vms. a menudo, no tanto para desahogarme, quanto para que sirvan de provecho al *Público*, los defectos de educación que se han deslizado en mi familia” (*M.P. I, 38*); “El *Público* no quedará defraudado de las sabias máximas, que por ese medio se nos comuniquen” (*M.P. I, 38*) [Las cursivas son nuestras].

Pero el Público, investido de las funciones de árbitro y juez, no es el público vasto. En este caso, estamos delante un público alfabeto instruido, apto para emitir críticas:

Todos nos interesamos en el honor que reportaría la Patria con la publicación de una Crítica sensata y científica; y aunque el amor propio de la *Sociedad* tuviese algo que sufrir, dará por bien empleada cualquiera mortificación suya, con tal que se den a conocer los talentos de Lima, y se acredite nuestra diferencia a todo lo que puede ilustrarnos. (“Advertencia”, *M.P. I*, 64)

Se trata de un Público avisado, evidentemente restringido y que para acceder al nivel de crítico, tendrá que formular sus comentarios ejercitando la razón ilustrada. De esta manera, en esta clara interpelación al público lector, Rossi establecerá parámetros de participación que servirán al mismo tiempo de fronteras a su *público lector ideal*. La participación, el diálogo entre el periodista y el público, será posible si éste último se muestra sensible a los valores de la Ilustración, caso contrario, Rossi excluirá toda posibilidad de diálogo:

Los ignorantes, los preocupados, y los enemigos de la Ilustración pública mirarán a todas estas razones como contrarias a la devoción y a la piedad. Este rasgo, así como la mayor parte de los del *Mercurio*, no habla con esta clase infeliz de hombres<sup>187</sup>.

Ello no impedirá que Rossi haga reiterados llamados al Público lector. Es más, él declarará trabajar para satisfacer *su gusto y su inclinación*:

La *Sociedad* no tiene otro deseo más eficaz que el de agradar al Público: su gusto y su inclinación son los objetos de todos los desvelos de sus individuos (“Advertencia”, *M.P. I*, 64)

Lo que se reitera en el tomo VII:

Estudiábamos el gusto del público y lo complacíamos con unos escritos varios, amenos y ligeros. (“Introducción al tomo VII”, *M.P. VII*, 7)

---

<sup>187</sup> “Autoridades Legales y Canónicas que prohíben los entierros eclesiásticos” (Rossi y Rubí: *M.P. I*, 135-136).

Cuando se trata de agradar, Rossi tiene la mira puesta en el Público lector y no en el *Gran Público*; éste último, aunque necesario para multiplicar los ideales de la Ilustración, no le merece esfuerzo para agradarlo. El gusto a considerar es aquel que emerge de los “hombres sensatos” y no aquel de la “ínfima plebe” (“Idea de las diversiones públicas”, *M.P.* I, 28). Si por un lado, Rossi declara su disposición a adaptarse al gusto presente del Público, por otro lado, él favorece una transformación de ese gusto. Esta actitud ambivalente se explica por las necesidades mismas del proyecto ilustrado. La razón ilustrada practicará una progresiva subversión del gusto actual, a fin de subordinarlo a un nuevo gusto, producto de una sensibilidad emergente. Es así como la inclinación por lo foráneo deberá supeditarse a un mayor interés por lo local. En este sentido, la tarea de Rossi comportaba un trabajo sostenido tendiente a transformar una mentalidad extrospectiva y centrífuga, en una nueva mentalidad racional, introspectiva y centrípeta. Desgraciadamente, esta intentona, en lo inmediato, estaba condenada al fracaso, puesto que un cambio cultural a nivel social, pretensión inoculta de los *mercuristas*, no es la obra de uno o un puñado de individuos. Como diría José Caldas comentando una carta de Humboldt sobre la vida cultural en Popayán: “tres individuos no hacen ley” (Silva: 211). El Perú de finales del siglo XVIII, en el plano político, económico y cultural estaba aún sujeto al poder español. Las clases dirigentes, cuyos privilegios emanaban de la metrópoli española, no tenían interés en liderar cambios que pudieran poner en entredicho sus privilegios. En tal contexto, era ilusorio pretender que los cambios propuestos tuvieran un eco inmediato.

La tarea de captación de un público lector fue bastante ardua, máxime si se toma en cuenta que, en el público lector, se puede apreciar la siguiente dicotomía: *Público lector ideal* y *Público lector concreto*. Rossi creará un *público lector ideal*, compuesto de individuos incondicionales a los ideales de la Ilustración. En ese proceso de creación, Rossi asumirá ciertas presunciones como características propias de ese *lector imaginario*: sensibilidad al ejercicio de una razón empírica, cultura utilitaria, valores humanistas, interés por el acontecer local, permeabilidad al cambio, sed de conocimiento y voluntad de difundir el saber. Tal representación mental, en la cual Rossi buscará encajar al lector concreto, le creará inevitables enfrentamientos; citemos solamente, a manera de ejemplo, la disputa habida entre él y el padre Olavarrieta. Suponemos, asimismo, que en la



búsqueda de su lector imaginario, Rossi tuvo que enfrentar algunas discrepancias de la parte de sus colegas; la sustitución de voces quechuas de su diccionario minero por vocablos traducidos del manual de Kirwan, pese al consentimiento expreso de Rossi, nos coloca frente a dos visiones antipódicas: la de Rossi, inclusiva y localista y la de Coquette, exclusiva y extranjerizante. Rossi defiende la abstracción de su *público lector ideal* mientras que Coquette se encuentra más cerca del público *lector concreto*. Incluso, Rossi tendrá la temeridad de tocar ciertos temas, como fue el caso de su artículo sobre las “Congregaciones de los Negros Bozales”

En diferentes ocasiones nos habíamos propuesto tratar esta materia; pero siempre tuvimos que retraernos por unos motivos, cuyo análisis y confutación reservamos para otros tiempos. (“Idea de las congregaciones...”, *M.P.* II, 113)

Esos “motivos”, creemos, son en parte atribuibles a la oposición de algunos de sus colegas del *Mercurio*, quienes, por razones diversas, pudieron haber alegado que el artículo no agradaría al público lector concreto. Si Rossi llegó a publicar su texto, fue, creemos, gracias a su perseverancia y a su capacidad de persuasión. En este caso, la representación de su *lector ideal* se impuso al preconcebido *lector concreto*.

Por otro lado, al margen del público lector, un público no letrado y orientado se perfilaba en la colonia: el auditorio de los sermones dominicales. Este público, parte integrante del *Gran Público*, podía estar, *par ricochet*, igualmente comprendido en el proyecto ilustrado de Rossi. El auditorio de los sermones, público cautivo, previa intercesión del párroco o sacerdote<sup>188</sup>, posiblemente haya tenido conocimiento de la obra del *Mercurio*. Es probable que, a fin de no ganarse la animosidad del clero<sup>189</sup> —y por consiguiente, el rechazo de una población fervorosamente católica—, Rossi buscara un compromiso entre fe y razón, sin por tanto, dejarse obnubilar por dogmas o principios que entren en conflicto con una *verdad* no revelada, sino emanada del humanismo ilustrado. Es mediante ese compromiso, constantemente reeditado, como Rossi forjará también su lector ideal.

<sup>188</sup> Para Rossi no había incompatibilidad entre el discurso sacerdotal y el discurso ilustrado: “[...] no se opone a la grandeza de una Mitra el familiarizarse con las preocupaciones de los hombres”, en “Nota de la *Sociedad*” (Rossi y Rubí: *M.P.* I, 260).

<sup>189</sup> Los miembros del Clero representaban el 13.7% de suscripciones del *Mercurio* (Clément 1983: 239).

A pesar de los repetitivos llamados al *Público*, Rossi no pudo lograr que el *Mercurio* tuviera la recepción deseada<sup>190</sup>. Quizás porque, entre otras razones, paralelamente a esos llamados, Rossi iba creando un lector ilustrado que se distanciaba irremediabilmente del lector concreto.

### 4.3 Estrategias o mecanismos de atracción de un lectorado criollo ilustrado

Hemos visto que la prensa escrita patrocinada por el poder real era el instrumento privilegiado de las elites instruidas para manifestar sus reflexiones y hacerse de un *público* cómplice de preocupaciones enmarcadas en la noción de utilidad, rasgo fundamental de la política absolutista borbónica. El *Mercurio Peruano*, órgano de prensa de la *Sociedad de Amantes del País*, se inscribe dentro de este contexto. En este periódico puede apreciarse que las reflexiones de sus redactores guardan una marcada coherencia en cuanto a la difusión de los ideales de la Ilustración en Hispanoamérica.

José Rossi y Rubí, en su calidad de redactor principal del *Mercurio*, no escatimará esfuerzos por hacerse del mayor número posible de lectores. A este respecto, él considerará necesaria la puesta en marcha de una serie de mecanismos de seducción y estrategias periodísticas. Dadas sus características particulares: juventud, condición de extranjero, falta de notoriedad, Rossi tomará las precauciones del caso para *paliar* estas “vicisitudes” (*M.P.* VII, 6). Así, entre otras estrategias, esconderse bajo el seudónimo de *Hesperiófilo* le dará la comodidad necesaria para poder expresarse con mayor libertad. Rossi comprenderá que, para llevar a buen término la difusión de la *obra de civilización* contenida en el proyecto ilustrado, deberá adaptarse a las exigencias de su época, es así como preferirá sacrificar un posible renombre presente en aras de una incierta gloria futura.

---

<sup>190</sup> Catorce meses después de la publicación del primer número del *Mercurio*, Rossi constata: “Desde los primeros rasgos que dio al Público [la *Sociedad de Amantes del País*] aventuró mil temerarias ominaciones [...] sobre el favor con que la Patria miraría los esfuerzos de nuestras plumas, sobre el apoyo de los literatos, la comunicación de noticias recónditas &, &. En casi todos estos vaticinios hemos tenido un éxito falacísimo. Las lisonjas de nuestro amor propio se fueron desvaneciendo con el discurso del tiempo”, en “Anuncio de una disertación didáctica de Mineralogía y otros rasgos de Quimica (sic) y Física” (Rossi y Rubí: *M.P.* IV, 193).

Sus **cartas apócrifas** firmadas con diferentes seudónimos o nombres de pluma — hasta el momento hemos detectado doce seudónimos diferentes<sup>191</sup>— tienen como objetivo buscar una participación del lector en tanto polemista. Gracias a los “Índices” publicados al final de cada tomo, sabemos que el autor de estas cartas es Rossi y Rubí. La primera carta intitulada “Desagravio de los mineros”, publicada el 9 de enero de 1791 correspondiente al número 3 del *Mercurio* (*M.P.* I, 21-23), está firmada bajo el seudónimo de *Egerio Chrysophoros*. Dicha carta, “entregada por un desconocido en el despacho del *Mercurio*” —así la describirá el mismo Rossi en una pequeña nota— es una defensa del minero<sup>192</sup>, el cual, en el entendimiento popular, es confundido con “charlatanes” y “embusteros”. Según explica *Egerio Chrysóphoros* (Rossi), los mineros son más bien las verdaderas “víctimas” de los habilitadores: “No encuentra amparo cuando habla de su Mina sin entusiasmo: si muestra los metales, se los desprecian: se le exigen unas seguridades físicas, cuando no tiene a su favor más que una expectativa favorable” (“Desagravio de los mineros”, *M.P.* I, 22). Días después, en el número 9 con fecha 30 de enero de 1791, nos encontramos con la “Carta escrita a la *Sociedad* sobre la escasez de gente en las minas” (*M.P.* I, 68-72). Esta carta ficticia, firmada bajo el seudónimo de *Thicio Antropóphobo*, pretende probar con diversos argumentos que la única solución a la escasez de trabajadores en las minas es la mano de obra indígena, y su autor reclama en consecuencia un buen trato para los indios. Pero al mismo tiempo celebra la anterior carta “escrita” por *Egerio Chrysóphoros*. *Thicio Antropóphobo* (Rossi) “ha leído” a *Egerio Chrysóphoros* (Rossi):

La carta que Vms. han publicado de *Egerio Chrysóforo* me ha electrizado el espíritu. A primera vista parece que es un puro desagravio de los Mineros, una enfática apología; pero meditada con más criterio viene a ser una relación de sus calamidades, y un asomo de las trabas y obstáculos, que impiden su progreso. (“Carta sobre la escasez...” *M.P.* I, 69)

<sup>191</sup> *Egerio Chrysophoros, Eustachio Phylomathes, Ponivio Montano, Thicio Antropóphobo, P. Fixiogamio, M. Antispasia, R. Hiponobates, Eleuterio, Ardenio, Chirossatychio Prebyógrapho, Hermineo de Acharistosio, Christóphono Paedevidio, y Epitropo Diabito*. También firma utilizando letras representando supuestos nombres. Gracias a los “Índices” al final de cada tomo, podemos constatar que el autor de todos estos escritos es José Rossi y Rubí, alias *Hesperiófilo*.

<sup>192</sup> El término “minero” refiere a todos aquellos que poseen un permiso para explotar una mina.

Como se puede apreciar, estamos frente a una participación imaginaria de lectores. La estrategia tiene como objetivo crear una *ilusoria comunidad de lectores* reunidos en torno a un debate imaginario.

Del mismo estilo será la “Carta escrita a la *Sociedad* sobre el abuso que los hijos tuteen a sus padres” (*M.P.* I, 36-38), firmada por *Eustachio Phylomates* —a saber, Rossi y Rubí, según consta en el *Indice* del tomo I. *Phylomates* es un padre de familia que quiere compartir con el “Público” su amarga experiencia: luego de siete meses de ausencia por motivos de negocios, *Phylomates* (Rossi) encuentra a sus pequeñuelos tratando de “Tú” a sus mayores. La “redacción” (Rossi) del periódico considera que discusiones de este tipo son muy útiles y anima a *Phylomates* a continuar enviando escritos:

La *Sociedad* desea que ese buen Padre verifique la promesa de continuar su correspondencia sobre materia de educación, mucho más si sigue tratándolas con la moderación que se echa de ver en esta carta: el Público no quedará defraudado de las sabias máximas, que por este medio se nos comuniquen. (“Carta sobre el abuso...”, *M.P.* I, 38)

*Phylomates* reincidirá y “enviará” una segunda carta al *Mercurio*: “Amas de leche: Segunda carta de *Filomates* sobre la Educación” (*M.P.* I, 59-62). En la mencionada carta, el autor se queja de la influencia funesta que las amas de leche tienen en la educación de los niños a su cuidado. Semanas más tarde, el *Mercurio* publicará una “Carta recibida por la *Sociedad* en el último correo del Cuzco, criticando los cinco Mercurios primeros” (*M.P.* I, 152-156) y firmada con las siglas M.Y.C.Y.V. Este último “lector fingido”, de nuevo Rossi, critica a *Phylomates* por “la blandura con que se queja”. Tres cartas, un mismo autor y tres seudónimos diferentes han creado una vez más la ilusión de interacción entre el lector y los redactores del periódico.

Otra carta polémica es la “Carta escrita a la *Sociedad* sobre los gastos excesivos de una tapada” (*M.P.* I, 111-114), firmada por *P. Fixiogámio* (Rossi), que como ya vimos en el temario, denuncia el apego de la esposa del remitente por todo tipo de diversión, descuidando la economía familiar. Los gastos excesivos descritos van desde faldellines, zapatos, muebles, hasta la compra de loterías (“suertes”). Dicha carta tendrá una respuesta airada de una “lectora ficticia” que contestará estos ataques en su “Carta

escrita a la *Sociedad* en contraposición de la de *Fixiogámio*” (*M.P.* I, 161-164). Pero he aquí que esta “contraposición” está “firmada” por una mujer, con lo cual estaríamos frente a otra estrategia: el **travestismo escriturario**. Sabemos que a finales del siglo XVIII, la mujer todavía no posee las mismas posibilidades de expresión pública que el hombre. Haciéndose pasar por mujer, Rossi va a legitimar la expresión femenina. Esta vez y bajo el seudónimo de *M. Antispásia* encarnará a una esposa que “escribe” al *Mercurio* para, en primer lugar, recriminar al periódico por publicar cartas contra las costumbres de las mujeres:

Señores míos, después de haber lavado la cara a todas mis Paisanas, y haberlas enamorado con las dulces clausulillas de su *Prospecto*, luego han descubierto su poca consecuencia publicando tres cartas en contra de los modales y costumbres más autorizadas de nuestro sexo y país. ¿Es éste el modo de granjearse nuestro favor y nuestro cariño?” (“Carta en contraposición *M.P.* I, 161)

Y, en segundo lugar, para quejarse de su marido majadero, quien además de descuidar el hogar con sus prolongadas ausencias, critica los gastos de su esposa siendo él mismo un irresponsable:

[...] Juega como un desesperado. Quando pierde (lo que sucede muy a menudo) vuelve a su casa gritando y declamando sobre los gastos que hago para vestir a los hijos o a las criadas. [...] me dice mil alharacas; *tu eres una gastadora, una tonta*, y acaba con amenazarme *vaya que te he de hacer poner en el Mercurio*. (“Carta en contraposición” *M.P.* I, 164)

En la última frase del párrafo citado, se pretende demostrar al “lector concreto”, que el *Mercurio*, en tanto censor y moderador de costumbres, ya ingresó a formar del parte del espacio privado. Una vez más, el *Mercurio* será el intercesor en una discusión imaginaria que pone en evidencia comportamientos “reprobables” en el seno familiar.

Rossi mismo confirma la intencionalidad de la aplicación de estrategias de comunicación, nos “confiesa” además que han sido tomadas de la prensa inglesa,

específicamente del *Expectador Inglés*<sup>193</sup> (sic) —léase *The Spectator*— de Joseph Addison y Richard Steele.

A veces sucedía que una misma mano escribía la crítica y la impugnación, las objeciones y las soluciones, y armaba el fantasma de una dificultad, por tener el gusto de derribarla. Los más ilustres Escritores de Inglaterra no reputaron desdorado este modo de escribir aparentemente contradictorio. Addison, Young, Pope, Swift, Bolingbroke, &c. &c. proponían en un mismo número del dicho Periódico sus dudas, sus invectivas, y sus acusaciones, juntamente con las respuestas y apologías. Nosotros *hemos imitado* en esta última parte a aquellos literatos ingleses. (“Apéndice de la Sociedad”. *M.P.* VIII, 13) [Las cursivas son nuestras]

Los imaginarios personajes que “escriben” al periódico, posiblemente hayan llegado a ser populares entre los lectores. Lo que sí es un hecho es que las cartas apócrifas siempre merecerán comentarios de lectores ficticios con la clara intención de crear nexos comunicativos.

Como cualquier periódico moderno, el *Mercurio*, en su trabajo de persuasión se servirá de una **campaña periodística** con el objetivo de aunar al público en una causa común de interés general: la salud pública. Dentro del plan ilustrado, la salud de la población cobra gran importancia. Como señala Casalino, hasta fines del siglo XVIII todavía se continuaba con la práctica de enterrar a los muertos en iglesias, conventos y capillas de hospitales (Casalino 1999: 325). “La salubridad de los vivos estaba comprometida por las emanaciones pestilentes que provenían de la multitud de cadáveres amontonados en los sótanos de las iglesias” (Zapata 1991: 99). Era necesario transformar la mentalidad de los habitantes, convencer a la población de la necesidad de adoptar prácticas *racionales* con respecto a la muerte. Y se propuso a tal efecto la

---

<sup>193</sup> “La celeberrima Sociedad que publicaba aquel Periódico, recibía con frecuencia Cartas, avisos y consultas sobre los pareceres de la Nación en pro y contra de su obra, sobre las noticias públicas y privadas y sobre los usos y abusos más recónditos de la vida doméstica. Estas Piezas se escribían en el *Expectador* [sic] y con este motivo se recopilaban los hechos y cuestiones más comunes, analizándolas al mismo tiempo, y corrigiéndolas por medio de unos sabios Apéndices, comentarios, reflexiones y notas”, en “Apéndice de la *Sociedad*” (Rossi y Rubí: *M.P.* VIII, 13).

construcción de “camposantos” o cementerios situados lejos de las ciudades. A la cabeza de esta campaña encontramos los escritos de *Hesperiófilo* sobre los entierros.

Si dividimos la campaña periodística en etapas, podemos identificar tres. En la primera, *Hesperiófilo* escribe un primer artículo<sup>194</sup> en el cual alaba al intendente de Tarma por haber construido un camposanto “fuera de la Población de la Villa”. El intendente, con la “filosofía que le caracteriza” —léase adscrito a los ideales de la Ilustración— ha identificado la “verdadera causa de estas dolencias”, es decir “la corrupción de tantos cadáveres, en un espacio tan corto y tan frecuentado”. Con la construcción del cementerio, se está protegiendo la salud de los vivos. Nótese que es un ilustrado el que propicia el cambio, el que dicta la norma.

La segunda etapa consistirá en la publicación en forma sucesiva de tres escritos de *Hesperiófilo* en los números 13, 14 y 15 del *Mercurio* y, que, como señala Clément “bien que publiés séparément et sous de titres différents, forment un tout homogène” (Clément 1983: 399). El primer escrito “Examen Histórico-Filosófico de las diversas costumbres que ha habitado en el Mundo relativamente a los entierros” (*M.P.* I, 116-122), es una disertación sobre las formas de enterrar en diversas civilizaciones: los judíos y sus cuevas mortuorias, los egipcios y sus momias, los griegos y sus crematorios, los chinos y sus *pagodas*, los antiguos peruanos y sus *huacas*; todas las grandes civilizaciones han sepultado a sus muertos lejos de las ciudades.

El segundo escrito que ocupa casi la totalidad del número 14 del *Mercurio*, lleva por título “Razones Físicas que reprueban la costumbre de enterrar en las iglesias” (*M.P.* I, 124-130). Adhiriendo a principios de la teoría miasmática, *Hesperiófilo* explica que el aire “inficionado” que procede de los cadáveres en descomposición sería responsable de graves enfermedades: “Las epidemias, las pestes, que en lo moral son castigos del cielo, en lo físico son casi siempre efectos de un aire corrompido” (124-125). En esta etapa, ya se puede detectar “una propuesta de sensibilidad acomodada entre el dogma católico y la razón científicista” (Peralta 1999: 204). En efecto, para Rossi, la moral es un dominio enraizado en la religión, (“castigos del cielo”), mientras que lo “físico” es susceptible de ser apreciado mediante una razón utilitaria. Por lo

---

<sup>194</sup> “Erección de un camposanto en la Villa de Tarma y otro en el Pueblo de Late” (Rossi y Rubí: *M.P.* I, 57-59).

pronto, al menos en lo que concierne a la capital, se podía verificar una suciedad impresionante<sup>195</sup>. Las “aguas estancadas”, las “inmundicias domésticas y naturales”, los “numerosos corrales”, sumados a los entierros intramuros “no pueden menos de aumentar las exhalaciones mefíticas y nocivas a la salud de los habitantes”<sup>196</sup>. Una vez más se ofrece la solución al problema: “Con un camposanto, se minorarían las causas de la alteración del aire, como que las sepulturas de los Templos son las más peligrosas [...]”. Los cementerios, en cuanto preservan la salud y la higiene pública, devienen entonces “monumentos a la ilustración” (“Razones físicas”, *M.P.* I, 127).

El tercer escrito de esta etapa se llama “Autoridades Legales y Canónicas que prohíben los entierros eclesiásticos” (*M.P.* I, 133-136). Como el título lo indica, aquí se abordan razones de tipo legal que refuerzan la campaña periodística: *Hesperiófilo* se apoya en el Derecho Romano y en la ley llamada por Tito Livio “fons omnis publici privatiqui juris”, la cual “[...] mandaba que dentro del recinto de las poblaciones no se enterrase, ni se quemase a cadáver alguno” (134). Enseguida se pasará revista a los Concilios, los cuales también habían prohibido todo tipo de entierros en las iglesias. Como vemos, en esta etapa, parafraseando a Rossi, se muestran los argumentos y “las pruebas de hecho” que aportan elementos de veracidad y de credibilidad a la campaña de persuasión.

En la tercera etapa, deliberadamente se hace creer que el tema ya entró al debate público. Un lector ficticio, *Atanasio*, manifiesta su total acuerdo con las ideas de los entierros fuera de las iglesias: “No se como fue posible introducir un abuso tan indecente. El Templo de la Majestad, donde el hombre debía tributar el homenaje de su humildad y profunda gratitud, envuelto en aromática nube que forma el incienso, el bálsamo y la ambrosía, no respira sino corrupción y fetidez” (*M.P.* II, 58). Mostrar que un lector está ya ganado a la causa defendida por la campaña periodística, es un medio eficaz de propaganda que trasmite un sentimiento de *seguridad* al lectorado, puesto que demuestra, por el ejemplo, que el resto del lectorado puede también hacer suyas las propuestas de la campaña. El lector pasivo deviene así un lector participativo que

---

<sup>195</sup> Para el año 1787, Lima era una ciudad sucia, sin ningún sistema de alcantarillado, con calles sin pavimento y casas sin número. Ese mismo año llegó a Lima el visitador Escovedo, el cual al comprobar el estado grave de la situación y acoger las quejas de los limeños, nombró a José María Egaña (el *Hermágoras* del *Mercurio Peruano*) como alcalde de policía y encargado de la salubridad (Brenot 1989: 106).



garantiza, con su adherencia, la viabilidad del proyecto: “[...] Yo uno mis sentimientos a los de Vms. y los exhorto a no olvidar este punto.” (*M.P.* II, 58). Es más, este lector se involucrará con entusiasmo: “Pues si vale mi dictamen, no se debe perder medio alguno conducente a un fin tan interesante” (*M.P.* II, 58).

En su búsqueda de lectores, Rossi y Rubí no dudará en **ceder la autoría** de sus escritos. El caso flagrante es el del “Prospecto”. Como se vio más adelante en nuestro trabajo, este escrito lleva la firma de Jacinto Calero y Moreira, alias *Chrysipo*, abogado de la Real Audiencia y miembro más influyente del *Mercurio*. Cuando Demetrio Guasque en su “Oración Fúnebre” se refiere al “Padre” del *Mercurio*, el profesor Clément afirma que “Or lorsqu’il parle d’un ‘père’ qui n’arrivait plus, malgré ses efforts, à lui fournir assez de copie, il ne peut que faire allusion au ‘Fondateur’ du périodique, José Rossi y Rubí, qui a écrit 58 articles, et non Calero y Moreira qui n’a signé que 13, qui, pour la plupart, ne sont par dessus le marché que de courtes notices ou des listes d’errata” (Clément 1983: 95). Aún hoy en día y a pesar de las verificaciones del caso, muchos autores todavía siguen considerando a Calero y Moreira como autor del “Prospecto”<sup>197</sup>.

A *Chrysippo* también se le reconoce como autor del artículo “Historia y descripción de nuestro Coliseo de Gallos” (*M.P.* II, 41-44). Nosotros creemos que en realidad el verdadero autor de este escrito es José Rossi y Rubí. Ya el profesor Clément había avanzado que, aparte las erratas y pequeñas notas “un seul article” de *Chrysipo* “attire l’attention, une Historia y Descripción de Nuestro Coliseo de Gallos” (Clément 1983: 95). En primer lugar, el mencionado escrito describe un espacio de diversión. Rossi y Rubí es el único autor del *Mercurio* que escribe sobre los espacios de diversión y de encuentro, tanto cerrados como abiertos<sup>198</sup>. En las “diversiones públicas de las

<sup>196</sup> “Razones Físicas que reprueban la costumbre de enterrar en las iglesias” (Rossi y Rubí: *M.P.* I, 130).

<sup>197</sup> Constata el profesor Ratto Chueca que el caso más notable de atribución errada de autoría es el de la famosa “Idea General del Perú” que, con fecha del 2 de enero 1791, se publicó en el *Mercurio* a modo de editorial, constituyéndose en uno de los escritos más importantes de este órgano de prensa. Atribuida equivocadamente a Hipólito Unanue, así es como aparece en el tomo VI de la *Colección de Documentos Literarios de Odriozola* (Lima 1863-1877) y en la edición de *Obras completas de Unanue* (Barcelona, 1914, t. II, pp. 291-297). Afortunadamente, el error no fue repetido por Jorge Arias-Schreiber Pezet en la *Colección Documental de la Independencia del Perú* (Lima, t. I, vol. 8, 1974, p. 329), en donde se reconoce a José Rossi y Rubí como el verdadero autor de la “Idea General del Perú” (Ratto Chueca 1993: 143).

<sup>198</sup> “Examen histórico de las diversiones públicas de las naciones” (*M.P.* I, 25-28); “Idea de las Diversiones Públicas de Lima” (*M.P.* I, 28-30); “Rasgo Histórico y Filosófico de los Cafés de Lima”

naciones” y en las “diversiones públicas de Lima”, ya se hace mención de las peleas de gallos y también de la descripción física de este espacio en el cual se desarrolla esta actividad<sup>199</sup>.

En el artículo sobre el Coliseo de Gallos se alaban sus instalaciones ya que: “[...] concurren también a su aseo y limpieza a conservar un *aire puro y fresco*” (*M.P.* I, 44). Una vez más, el autor insiste en la importancia de la pureza del aire para una buena gestión de la salud pública, tema que como vimos líneas arriba, ya fue tratado ampliamente por *Hesperiófilo* en sus escritos en contra de los entierros en las iglesias. Como se puede apreciar, son varios los indicios que confirmarían nuestra hipótesis. Si Rossi cedió una vez la autoría de su “Prospecto” a *Chrysipo*, no sería raro que lo haya hecho una segunda vez.

Al parecer, según nos da a entender Rossi, circulaban rumores de que los artículos del *Mercurio* eran escritos por un mismo autor. Sea como fuere, Rossi recogerá esta “queja” ocultándose bajo el disfraz de un fingido lector que escribe a la redacción con el objetivo de criticar los cinco primeros números del *Mercurio*:

[...] Estos son mis reparos sobre los cinco *Mercurios* que he recibido: *Todos ellos me parecen partos de una misma pluma*, lo que me da margen para preguntar ¿Adónde [sic] están los individuos de esa *Sociedad numerosa*?<sup>200</sup> [Las cursivas son nuestras].

Otra estrategia utilizada por Rossi y Rubí es el **anonimato**. En este apartado, trataremos de probar que algunos escritos “anónimos” fueron en realidad escritos por Rossi y que por diversas razones era preferible no revelar el nombre del autor. Hemos escogido dos artículos que son de una singular importancia: en un primer momento trataremos del

---

(*M.P.* I, 108-111), “Carta escrita a la *Sociedad* sobre los gastos excesivos de una Tapada” (*M.P.* I, 111-114) y “Nuevos establecimientos de buen gusto” (*M.P.* II, 64-67), todos escritos por *Hesperiófilo*.

<sup>199</sup> “Los Romanos, fueron los más apasionados a todo lo que tenía relación con la diversión pública. Las *peleas de gallos*, de perdices, de fieras, los espectáculos teatrales, etc. no eran bastantes para llenar sus deseos”, en “Examen Histórico de las Diversiones Públicas de las Naciones” (Rossi y Rubí: *M.P.* I, 26) [Las cursivas son nuestras]. “Lo mismo diríamos en cuanto a las *peleas de gallos*. La *casa destinada a este fin* pudiera pasar por la más perfecta, si los corredores que manejan, y combinan las apuestas de los partidarios, no abarcasen tantas acciones de un golpe, y fuesen más prontos en dar razón de si hay o no quien reciba los envites”, en “Idea de las Diversiones Públicas de Lima” (Rossi y Rubí: *M.P.* I, 29) [Las cursivas son nuestras].

<sup>200</sup> “Carta recibida por la *Sociedad* en el último correo del Cuzco, criticando los cinco *Mercurios* primeros” (Rossi y Rubí: *M.P.* I, 154).

artículo “Justificación de la *Sociedad* y del Perú” (*M.P.* II, 132-140), publicado en el número 50 del *Mercurio Peruano* y que fue prohibido por las autoridades<sup>201</sup>. Y en un segundo momento, trataremos del “Rasgo remitido por la *Sociedad Poética* sobre la Música en general, y particularmente de los Yaravíes” (*M.P.* III, 284-291).

Para comprender las razones que nos llevan a pensar que esta “Justificación...” fue escrita por Rossi, tenemos forzosamente que situarnos en el contexto. El 9 de junio de 1791, Rossi (*Hesperiófilo*) publica la “Idea de un nuevo papel periódico que se va a dar a luz en esta Capital, con el título de *Semanario Crítico*” (*M.P.* II, 102-103). En este escrito se hace la presentación al público lector del padre Olavarrieta y de su periódico el *Semanario Crítico*. El artículo de Rossi, si seguimos al profesor Clément “n’a rien de critique et semble plutôt sympathique pour le nouveau venu” (Clément 1983: 158). Sin embargo, el texto de Rossi no fue del agrado del padre, quizá porque no le dieron lo elogios que este último creía merecer, —en efecto, Rossi concede que no se hará ningún halago al padre para así poder guardar la imparcialidad necesaria en todo periódico<sup>202</sup>. Este descontento llevará al padre Olavarrieta a escribir su “Justa Repulsa [...]”<sup>203</sup> en su *Semanario Crítico*<sup>204</sup> respondiendo así a los supuestos “ataques” del *Mercurio* y de los cuales el padre se creía víctima. Olavarrieta no solamente respondió al escrito en cuestión sino que también desacreditó otros escritos anteriores de *Hesperiófilo*, particularmente aquellos que trataban de las diversiones.

La respuesta del *Mercurio* no se hará esperar, la virulenta “Justificación de la *Sociedad*” rechazará las alegaciones del padre: “Su autor el Padre Fr. Antonio de Olavarrieta [...] lleno del más negro veneno, ha vomitado mil ironías amargas para rebajar nuestra Obra” (*M.P.* II, 132-133). Dado que Olavarrieta había atacado los textos

---

<sup>201</sup> Ver el apartado “Les difficiles relations entre le *Mercurio* et le *Semanario*” en la Tesis de J.P. Clément (158-166).

<sup>202</sup> “El padre Olavarrieta ha tenido la bondad de llenar de encomios a nuestra *Sociedad* y al *Mercurio*: si nosotros gastásemos un mismo lenguaje, el Público creería que a su costa nos comprábamos recíprocamente los elogios”, en “Idea de un nuevo papel periódico...” (Rossi y Rubí: *M.P.* II, 103).

<sup>203</sup> “Todo el principio del furor que muestra el Padre Olavarrieta en su papel y de los temblores convulsivos que le han acometido en su *rinconera*, ha sido la *Idea* de su *Semanario* que dio la *Sociedad* en el *Mercurio* número 46”, en “Justificación de la *Sociedad*” (*M.P.* II, 133).

<sup>204</sup> J. A. Olavarrieta, “Justa Repulsa contra las Inicuas Acusaciones [...] de la *Real Sociedad Académica* [...]”, citado en (Clément 1983: 159)

de Rossi, creemos que fue éste último quien decidió repeler personalmente el ataque, dicho sea de paso, con inusitada violencia<sup>205</sup>.

Otros indicios podrían confirmar nuestra presunción. Entre ellos, creemos que Rossi no le perdona al padre el haber criticado el teatro y la ópera italiana<sup>206</sup>. Esta crítica posiblemente haya ofendido a Rossi, dado que él mismo es italiano. Días más tarde, *Hesperiófilo* escribirá una “Nota” en la que pedirá a los suscriptores “[...] suprimir ese folleto, hijo de un desahogo apasionado. De este modo [...] se restaura la quietud pública. Debemos suplicar al Público, no fiscalice, ni interprete en sentidos contrarios y denigrativos las expresiones menos inteligibles de dicho Papel [...]. La suprema Autoridad lo exige”<sup>207</sup>. Como se puede apreciar, la responsabilidad de disculparse frente a los lectores recayó sobre Rossi, lo cual nos induce a pensar que fue él quien escribió el tan controvertido artículo “Justificación de la *Sociedad*”.

Otro ejemplo de práctica del anonimato, es el presentado en el “Rasgo remitido por la *Sociedad Poética* sobre la Música en general, y particularmente de los Yaravíes” (*M.P.* III, 284-291). En dicho “rasgo”, aparecen tres jóvenes de la *Sociedad Poética*: *Sicramio*, *Leucipo* y *Eurífilo*, todos “aficionados a las bellas artes”. A partir de una discusión sobre música, éstos jóvenes, decidieron dejar la disertación a *Sicramio* “a quien consideraban instruido en las nociones músicas, a fin de que decidiese y explicase sus propiedades” (*M.P.* III, 285). Aunque Unanue ya había avanzado algo antes sobre los

---

<sup>205</sup> Los insultos y vituperios hacia el padre no están ausentes: “Uno de nosotros le dio a leer [al padre] con anticipación el manuscrito de dicho rasgo [la “Idea de un Nuevo Papel Periódico”] pidiéndolo su beneplácito: el padre lo leyó, lo meditó, se dio por muy contento en sus términos, y salió a la calle pregonando el favor que le hacíamos: pero mudó de parecer al día siguiente. Algún chusco, sin duda, conociendo los pocos alcances de su discernimiento, fue a calentarle las orejas, para tener el gusto de verlo temblar, y tirar la redecilla por los rincones. En efecto logró su intento. El Padre se exaltó, salió de juicio, y se le subió la sangre a la cabeza [...]. Tomó la pluma, vomitó un poco de su hiel exaltada [...] abortó un discurso, ya lo tenemos escritor [...] Vaya Padre, dedíquese a aprender si *Viento* se escribe con *V* o con *B*, para no verse otra vez en el sonrojo de irlo a preguntar a los mozos de la Imprenta”, en “Justificación de la *Sociedad*” (*M.P.* II, 134-139).

<sup>206</sup> “El Padre critica a los *Teatros* italianos, porque sus representaciones en la *Opera* van acompañadas con la Música, y le parece que éste es un desatino. [...] Si el Padre Olavarieta en lugar de pensar en las *Comedias* hubiese asistido al Coro con la compunción que se observa en todos los demás individuos de su Orden exemplarísima, supiera que la Música inflama los afectos, eleva los corazones, y hace más sensibles las Almas para dejarse impresionar de los conceptos que son las base del canto”, en “Justificación de la *Sociedad*” (*M.P.* II, 137-138).

<sup>207</sup> “Nota” (Rossi y Rubí: *M.P.* II, 136bis). Recordemos que el no. 50 del *Mercurio*, en el cual se había publicado la “Justificación de la *Sociedad*”, fue confiscado por las autoridades.

Yaravíes<sup>208</sup>, creemos que *Sicramio* es en realidad Rossi. Nótese que Rossi tenía una formación musical: Stevenson lo reconoce como autor de al menos una “Tonadilla a dúo para violines” intitulada *El Macareno y la Maja*. Además, sus conocimientos musicales son fácilmente detectables en otros escritos<sup>209</sup>. Es muy probable que Rossi haya tenido la oportunidad de apreciar el Yaraví durante su retiro voluntario de veintidós meses a la sierra, tras la muerte de su esposa —la “viudedad de una tórtola”<sup>210</sup> del verso del Yaraví que cita el autor, se podría asimilar a la pérdida del ser querido, léase la muerte de la esposa.

Luego de analizar el Yaraví en términos musicales<sup>211</sup>, *Sicramio* tratará de demostrar que la unión del verso triste y la música melancólica es “la excelencia más noble de los Yaravíes” (*M.P.* III, 285). Lo interesante de esta disertación es que se aprecia un género musical indígena coetáneo, tratándose como un arte que despliegan los indios *contemporáneos*. Con sus propias características —idioma quechua, expresión de la tristeza y la melancolía del indio— se resalta el Yaraví al punto de incluirlo en el repertorio de la música universal, al mismo título que la música de otros países. Una vez más estamos frente a una exaltación de un arte local. El autor rescata las cualidades de un género musical indígena que la mayoría de criollos encuentran todavía difícil de asimilar. Quizá para alguien que viene de fuera, como Rossi, resulte menos problemático.

Curiosamente, el escrito será refutado en una carta enviada al *Mercurio* por el firmante *T.J.C* y *P.*<sup>212</sup>, quien, además de señalar el “poco mérito de esta especie de

<sup>208</sup> “Idea general de los Monumentos del Antiguo Perú, e introducción a su estudio” (Unanue: *M.P.* I, 201-208). Las líneas que Unanue dedica al Yaraví —además de citar a “un *Señor Italiano* de la Academia de la Grosca y a una *Duquesa de la misma nación*” que escribieron una “Apología de los Quipus”— contienen frases tales como “indios modernos”, “indios antiguos”, “nación danzarina”. Curiosamente, tres semanas antes, Rossi, en una de sus tantas cartas ficticias había escrito: “En las diversiones publicas de las Naciones, se [les] pasó a Vms. incluir la de los *antiguos y modernos Indios peruanos*, que cifran todas sus *delicias* en la *danza*” (Rossi y Rubí: *M.P.* I, 153) [Las cursivas son nuestras].

<sup>209</sup> Véanse los escritos “Nuevos establecimientos de buen gusto” (Rossi y Rubí: *M.P.* II, 64-67) e “Idea de las congregaciones de los Negros Bozales” (Rossi y Rubí: *M.P.* II, 112-117).

<sup>210</sup> “Cuando a su consorte pierde / triste tortolilla amante / en sus ansias tropezando / corre, vuela, torna y parte [...] Así vivo yo (¡ay de mí) / desde aquel funesto instante / que te perdí por desgracia / dulce hechizo, encanto amable” (*M.P.* III, 288).

<sup>211</sup> “Sus tonos son por lo regular menores y las transiciones llaman a mayor, siendo el grave *bemol*, el dulce *sostenido* y el agradable *Bequadro*, los que entran en su composición [...], su compás es unas veces medido en el tiempo de tres por ocho, ocupando su lugar el aire *andante*, *andantino*, *largo* y *moderado*, [...] los inimitables Yaravíes se entonan a *una voz*, a *dúo*, a *trío*, o según acomodan las voces que los cantan” (*M.P.* III, 285-286).

<sup>212</sup> El musicólogo peruano-francés Andrés Sas Orchassal ha identificado a *T.J.C.* y *P.* como Toribio José del Campo y Pando, flautista, organista, compositor, maestro de capilla y director de orquesta. En vistas de

Música”<sup>213</sup>, denunciará el “elogio arrebatado”<sup>214</sup> que se le había hecho. La fractura socio-cultural de la colonia, no era ajena a la percepción de Rossi; la práctica del anonimato en el tratamiento de ciertos temas, fue también una manera de *contourner* ciertas susceptibilidades ancladas en una realidad social que podía simplificarse en la expresión: “juntos pero no revueltos”.

Las variadas estrategias periodísticas implantadas por Rossi ponen de manifiesto su preocupación constante por seducir e incitar a sus lectores, pero también denotan sus arduos esfuerzos por adaptarse a una realidad social compleja, compartimentada, versátil, inaprensible y salpicada de insolubles. Así, en su voluntarista interpretación de la realidad colonial, Rossi irá inventando su lector ilustrado, invistiéndolo paulatinamente de atributos que lo distanciarán irremediabilmente de esa otra quimera: el lector concreto. Al igual que *Don Quijote*, poseído de lúcida locura, Rossi, a través de sus escritos, buscó *desfacer entuertos* yendo a la caza de un lector imaginario, como el manchego con sus molinos de viento.

---

obtener un puesto como maestro de capilla en agosto de 1807, Del Campo había escrito en su solicitud: “Y al fin: que profesa la Música en todas sus partes: por lo que corre en el *Mercurio Peruano*, el rasgo sobre la Música, contra *Cicramio* [sic]” (Sas Orchassal 1972, vol. I, 71).

<sup>213</sup> “Carta sobre la Música [...] en que se critica el Rasgo sobre los Yaravíes impreso en el *Mercurio* núm. 101”. (Del Campo y Pando: *M.P.* IV, 116).

<sup>214</sup> “Carta dirigida a la *Sociedad* contra el *Mercurio* número 100” (Del Pando y Campo: *M.P.* IV, 33).